

Manuela y Don Tomás

Geia

Don Tomás es un abuelo de los de traje y sombrero. De esos abuelos que se levantan temprano para estar los primeros en la cola del supermercado y agudizan el oído para poder escuchar su nombre en la cita del médico. Don Tomás es un abuelo joven. Juventud que está en la mirada, en los ojos con los que nos enfrentamos al mundo. Con él vive Manuela.

Manuela es una abuela bonita, de piel suave y cabello teñido de un rubio color canela. Pero Manuela está marchitándose. Manuela no mira al mundo con los ojos de Don Tomás. Manuela está olvidándose de recordar. Según el médico tiene Alzheimer, una de esas palabras raras que asustan. Pero el nieto de Manuela y Don Tomás hace un análisis mucho más exhaustivo: su abuela es una viajera que vaga por muchos mundos, y como todos esos lugares son tan increíbles, la abuela no quiere quedarse en la Tierra, tan aburrida.

Don Tomás ríe al escuchar el diagnóstico del niño, pero sabe que su Manuela se está yendo, y él sólo quiere que su Manuela vuelva. Y para eso tiene un secreto. Un secreto que nos va a contar a todos nosotros.

Los sábados Don Tomás se levanta de la cama muy temprano, casi al alba. Se ducha, se viste, y se acicala con su perfume más especial, el mismo que usó el día de su boda.

Terminado el ritual, despierta a Manuela suavemente, le da el desayuno, la atavia con su vestido morado, adornado con pequeñas margaritas, y juntos salen a la calle en busca de la parada de autobús.

No está muy lejos, sólo tienen que caminar unos metros desde la puerta de su casa.

Allí esperan hasta que ven acercarse el vehículo. '¿Estará hoy conduciendo Jesús o Luis?' piensa Don Tomás.

-¡Buenos días, Manuela! ¿Cómo está usted Don Tomás?

-Muy bien Luis, vamos a dar una vuelta por Triana, que a Manuela le apetece.

-Por supuesto, como la señora desee. Yo les llevo. Tengan cuidado al subir.

El autobús se pone en marcha y Manuela está sentada al lado de la ventana, con la mirada perdida, vagando por un mundo diferente al nuestro.

Pero varias paradas después, cuando el vehículo llega a la calle principal del barrio su esencia vuelve, y sus ojos comienzan a observarlo todo con un brillo que hace feliz a Don Tomás. El hechizo ha funcionado. Manuela ha sido transportada a su infancia al barrio donde se crió, a los recovecos donde jugaba con sus amigos, a la casa de sus padres, a la cafetería en la que conoció a un apuesto joven llamado Tomás con el que acabaría casándose. Manuela por fin recuerda y una semana más Don Tomás sabe que no la ha perdido del todo.

Y así continúan ambos, deambulando por su juventud, hasta que Luis, el conductor, los lleve de vuelta a casa.